



San Agustín: los placeres del silencio y el vacío del amor

Aurelio Agustín (San Agustín), es el único de los escritores de la Antigüedad que nos ha dejado el reflejo completo y profundo de su propio espíritu en su famoso libro llamado *Las Confesiones* por ser una especie de rendición de cuentas a Dios de los primeros años de su vida, transcurrido en la impiedad, así como de los diversos extravíos de su alma hasta llegar a la verdadera fe.

Aurelio Agustín (San Agustín), escribe una de las obras espirituales más importantes de todos los tiempos: *De Civitate Dei*, gigantesca visión filosófica de la historia, en la que niega que el cristianismo hubiese ocasionado el hundimiento del Imperio Romano, cuya grandeza debe continuar.

Para una mejor comprensión de los derechos humanos, es casi ocioso decirlo, en este diálogo diserta sobre la ansiedad del hombre, que lo lleva a un vacío existencial que deviene en angustia y en violencia, por la frustración de orden material, alejándolo de una vida plena, del gozo verdadero que es el conocimiento del ser.

La conversación tiene como tema la conciencia, el silencio como una poderosa fuerza sagrada, la aplicación de la verdad como un derecho inalienable del hombre para sostener su dignidad, el valor de la palabra como un recurso para defender el libre pensamiento del ser humano contemporáneo.

Aurelio Agustín (San Agustín, 354-430)

Aurelio Agustín (San Agustín), teólogo, filósofo y padre de la Iglesia latina, nació en Tagaste, Numidia, hijo del magistrado Patricio y de Santa Mónica. A la lectura del Hortensio de Cicerón replanteó su juventud disipada hacia una conversión, que la prédica de San Ambrosio, y su bautismo por él, consolidaron en la incorporación que logra de la filosofía clásica, especialmente neoplatónica y el cristianismo.

Retirado en Tagaste (388), formó con algunos discípulos la comunidad que dio origen a la regla monacal agustiniana. En 391 se trasladó a Hipona, ciudad que lo tuvo como obispo desde el año 395.

En San Agustín coinciden el último gran hombre de la antigüedad, y el primero de la Edad moderna. La filosofía, la cultura y la religión medioevales se nutrieron de su doctrina generosa y apasionada, expuesta en libros de gran belleza literaria y de fascinadora fuerza expresiva, cuyos ecos aún resuenan y conservan su brillante validez. *Las Confesiones* es uno de los grandes libros de la Humanidad.

San Agustín, usted menciona en sus Confesiones, “Durante un lapso de nueve años, desde mis diecinueve hasta mis veintiocho, era yo seducido y seductor, engañado, pero también, bajo el impulso de variados apetitos, engañaba yo abiertamente en la profesión de las llamadas disciplinas liberales que en lo oculto llevaban falsamente el nombre de religión” ¿Cree usted que en este siglo XXI, el hombre tiene condiciones como para enfrentarse a una realidad que ofrece sólo lo efímero y cuál sería el camino correcto para sostener el humanismo espiritual?

He comprendido, desde entonces, que todo hombre lleva un ansia infinita en su interior, un impulso hacia la vida. Todo lo que lo rodea ha sido puesto por Dios, para que el hombre pueda colmar su ansia. Sin embargo, esa ansiedad reflejada en los hombres y mujeres de todos los tiempos, no puede ser llenada, con el consumo de cosas materiales, ni con la ropa de moda, ni con los restaurantes de lujo, ni con los más veloces automóviles, ni con las residencias más costosas.

Todos van y vienen con la mirada a prisa, sin paz, sin calma, tratando de colmar un vacío que no tiene fin, que es infinito. Unos zapatos más, más ropa, más autos, más casas, más dinero, más poder, más mujeres, más comida, más bebida, más propiedades, más de todo más y más. Al mismo tiempo, es más grande la herida de un deseo insatisfecho, es más grande la prisión en la que se encuentran, aunque piensen que son libres, están condenados a la posesión sin sentido y a ignorar que así será mientras confundan el ‘ser’ uno mismo para la vida, que el tener cosas para la muerte.

El hombre piensa que puede conformarse con sólo un poco más, pero siempre su ambición lo hace perderse. Y no es que no pueda disfrutar y poseer, sino que buscará cosas nuevas con la misma avidez. Leerá un libro, verá una película, tomará un trago, saldrá de vacaciones, con la misma sed insaciable, y al pasar esos momentos todo será vano, lo desechará, como un niño al tener juguetes nuevos que descarta a los pocos minutos.

Platón decía, ‘el cuerpo humano es un ánfora que no se puede llenar jamás’. El deseo busca cumplirse a través de todos los sentidos, pero hay un espacio en lo profundo de uno mismo, que jamás quedará satisfecho. El gozo que pertenece a los suburbios del cuerpo, no llega nunca al centro espiritual que como un eje espera llenar el vacío de la existencia. De esta manera, en vez de cumplir un deseo se lo exacerba, es como el espejismo en el desierto, no hay agua que colme, sólo calor y sed. Es tan sencillo como detenerse, para qué esperar que el último momento, el de la muerte, nos haga saber que tenemos algo que es esencial, profundo, verdadero, el manantial inagotable para toda nuestra sed, un espíritu unido a Dios.

El hombre no encuentra satisfacción en la tierra, porque esencialmente es un ser espiritual, y sólo lo espiritual que es belleza, lo puede colmar de alegría.

Sé que para ustedes las tentaciones, la velocidad a la que se vive, las oleadas de mensajes que hablan de verdades, son una terrible realidad que es difícil de sortear. Pero justamente por ello, el soporte espiritual debe ser mayor, con lo cual será más sencillo vivir.

La diferencia entre el hombre y los animales, no es tan sólo la conciencia, sino la saciedad, ellos viven, no se decepcionan ni se cortan las venas ni toman pastillas, ellos no ambicionan poseer más sin necesidad, ellos no tienen miedo a quedarse sin alimento ni techo ni pareja. Y el hombre que ha sido diseñado para amar, que tiene la capacidad de saber por qué ama, de gozar de lo que es en el amar, lo ignora y se deja atrapar por una ambición ilimitada, por la codicia, por la envidia, por una carrera sin freno, que lo lleva a un final de amargura y decepción de la vida y de sus semejantes.

Sin embargo, usted también menciona que Dios no puede ser encontrado en la vida vegetativa, que son comunes al hombre con los animales.

No se debe confundir la medida del hombre con la inacción. Usted debe comprender que el espíritu nació enamorado, que tiene una nostalgia inefable de ese amor que conoció antes de nacer y que busca, a veces, desesperadamente en el mundo, sin encontrarlo. Para lograrlo tiene que amar, y este es un acto luminoso, el amor es la parte que se le encomendó al hombre que debe hacer realidad, para que el mundo esté completo, y para esto debe sentir nostalgia de su fuente lejana.

Todo va hacia algo, porque hay un reflejo del amor en lo que existe. Este movimiento de los seres y de las cosas es una búsqueda de la acción para su realización, y esta ley que rige al universo, es el amor, porque es la cohesión de todas las cosas, la materia de la que está hecho el universo es el amor.

Todo ser humano sabe, consciente e inconscientemente que su espíritu está enamorado, todos los corazones inquietos e insatisfechos, sabrán como yo mismo lo viví, que el corazón late y ama, por esa íntima soledad, por ese compañero que está en las profundidades de la personalidad, mucho más allá del no-yo, en la fuente de todos los sueños, en un cuarto vacío que no puede ser llenado ni con dinero de los bancos, ni con riquezas, ni con el poder, ese espacio estará siempre lleno de angustia, miedo y desamparo, porque ese cuarto sólo puede ser colmado por la vida espiritual.

El silencio ayuda a encontrarse a uno mismo ¿es parte del lenguaje de Dios?

Uno es una mezcla de palabras que pronuncia junto con otras que por dentro manan en silenciosas imágenes, pensamientos que cruzan como relámpagos y otros que permanecen obsesivos.

Diría que el silencio es un estado natural, no sería necesario definirlo, ni quizá considerarlo una condición necesaria, salvo en ciertos ejercicios espirituales de silencio.

Hay un problema que comienza cuando se trata de diferenciarlo de la mudez, de la reserva, de la pausa, del mutismo, del sigilo. Y más complejo es el tema si lo enfrentamos al lenguaje, asimilando que el silencio no sea simplemente la carencia de la palabra, un factor negativo, sino que llegue a ser un fenómeno positivo, una fuerza que unida a otras nos constituye y nos amalgama en nuestro mundo.

Es inevitable que el lenguaje se sostenga también por el silencio...

El silencio es lo fecundado que da vida al lenguaje y confirma a la criatura humana como tal, en tanto conciencia y reflexión. No dudo que a veces se puede utilizar el silencio como una técnica, pero aún así, él fluye de otro gran silencio que existe en el fondo de nosotros y en el mundo, incluso en la entraña de la palabra misma.

El silencio medieval o el del campo, el crujir de una puerta en una casa oscura y solitaria, llenan de sobresalto y de una fascinación estática. No es el temor a nada en especial, sino más bien la presencia de un silencio enigmático.

En el teatro y la narrativa, en la poesía también encontramos la validez del silencio, sutil, pero no menos cierto y activo. Las artes plásticas son también silencios de los que gozamos. Silencios sonoros que mediante signos nos dictan un mensaje; palabras que se trascienden a sí mismas, el ojo, los labios, los oídos, se funden silencio y palabra, en íntimo coloquio, son mutuamente reveladores, ¿de qué? Del misterio insondable de la Creación, no sólo divina, sino humana.

"Porque la palabra y la escritura son los milagros que hacen descender pensamientos en el mundo de la voz y de la mirada", decía un clásico...

El hombre puede ser mejor persona, encontrar sus propios valores, si lee, también Dios está en las palabras escritas. Aunque las religiones no se conformaron con la tradición oral sino que se plasman en escrituras sagradas. Piedra, bronce, escamas de tortuga, hoja de palma, cuero, papiro, papel... sustancias maravillosas que seguramente han influido en la formación de caracteres, signos, letras. La escritura es algo más que la vocalidad y no sólo vale en cuanto la reproduce.

Con los medios técnicos actuales que ustedes poseen, el escritor puede grabar, dictar su relato o poema. No lo hace, prefiere su retrainamiento, su alquimia silenciosa.

Refulge en mi memoria el descubrimiento del griego. El Logos, que es a la vez, habla y razón universal, la ley de todas las cosas. En el Génesis, la creación se efectúa por la palabra. Se insiste en 'dijo Dios', y luego sucede el acto.

Silencio y lenguaje, entidades que se instauran una dentro de la otra, subyacente, más allá de lo fonético, morfológico o semántico se encuentra en la raíz y la savia de todo lenguaje. Se instala ante mis ojos, como símbolo ya invocado por muchos, la Torre de Babel, en que no hubo comprensión ni intercomprensión, ni traducción, falló también el intento de llegar a una lengua única.

Se confundieron las lenguas porque el espíritu del hombre estaba confuso, como hoy en día, y porque en la lengua se manifiesta el fondo esencial de nuestras facultades.

Puede existir babelismo dentro de una sola lengua, tanto por la perversión de lo que se habla como por la incomunicación que nos confina a una soledad árida. Entonces estamos ante un problema de índole ético y de valores. Pero en determinados periodos aparece la lengua humanista con un halo de silencioso secreto, lúcida como una oración.

La lengua desde siempre, busca una fraternidad, no una división, un diálogo entre todas naciones...

Sí, aunque a menudo los pensadores caminan en silencio para incitar sus reflexiones, pero también los preocupados y afligidos. Alberto Magno decía: 'Llaman al hermano Tomás. Tomás de Aquino- el buey mudo, pero su mugido resonará' Y así fue, eremitas, místicos, fundadores de religiones, buscan la soledad y se internan en la ascética del silencio.

En la vida de Jesús, nos estremecen algunos silencios. Recuerdo ahora uno muy significativo: cuando Poncio Pilatos le pregunta ¿qué es la verdad?, Jesús calla.

El hombre debe tener conciencia del silencio, debe saber que es una llave iluminada, con él se alcanza una mayor concentración del espíritu y de la conciencia cósmica.

Cada dominio de la actividad humana está forjado por un elemento silencioso y otro discursivo. El silencio es como una ventana de la percepción, pensamiento, acción del hombre, acción del espíritu, Dios.

Creo, que sin el silencio nos entenderíamos menos. El oído sutil debe acostumbrarse a percibir el silencio como fluido o sustancia de la palabra, y a vivir con la palabra vaciada. Palabra hueca, artificial, cáscara vana, verborrea, etc.

No quiero que se diga que enaltezco al silencio como ficción, fondo del verbo, unidad de gracia en el espíritu. Porque hay de silencios a silencios. Uno yermo, agotado, otro palpitante, y que da vida.

El hombre que huye de sí mismo, como lo dijimos al comienzo de esta charla, buscando en otro lugar lo que lleva dentro de sí, teme al silencio que significaría la revelación de sus debilidades, derrotas, exigencias y se rodea de fugas que le proporcionan las voces, ruidos, imágenes provenientes de nuevos falsos ídolos.

No quiero que se me escuche como alguien que reniega de los avances que han logrado, como la ciencia y la tecnología, que pueden ser benéficas si se las utiliza conforme a supremos valores morales y humanísticos. Ni tampoco quiero aparecer proclamando la idolatría del silencio e instando a las personas a transformarse en monjes herméticos y enmudecidos cultivando un nuevo individualismo sin sentido.

Sí, porque no existe en sí lo que se llama silencio, porque siempre sucede algo que hace notar un sonido...

Sonido y silencio son como los dos lados de una moneda. Pero sonido en música no es lo mismo que en lenguaje en donde adquiere un sentido especial por el ajuste que se establece entre pensamiento, emoción y palabra. Porque el hombre es 'el animal que tiene la palabra', y por lo tanto, el silencio legítimo y justificado. A menudo medité sobre el animal que se violenta para vencer al silencio, ruja o trine.

Yo mismo, en el jardín de mi casa, escuché la voz de un niño que rompió el silencio, desde lo alto de un muro gritaba una y otra vez: Tolle lege! Tolle Lege! (¡Toma y Lee! ¡Toma y Lee!), volví a mi casa, abrí el libro del Apóstol Pablo y leí: 'no en comilonas y embriagueces, no en lechos y liviandades, no en contiendas y emulaciones, mas revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no cuidéis de la carne con demasiados deseos'. Estas palabras me decidieron a mi conversión moral.

Para algunos filósofos el silencio no es un instrumento sino la casa del ser. Sin embargo, algo habrá en el silencio que dice de todas las cosas. Y también que, a veces, se puede presentir un grito mudo en el silencio de la muchedumbre, tal vez esperando la llegada de un nuevo Logos, de una nueva vida más humana y más alegre.

¿Será tan complejo como el implantar una cultura humanista a un mundo de salvajes?

Eso le pasó a Alejandro Magno, cuando se enfrentó al pensamiento 'indio' a través de diez gimnosofistas. Plutarco lo cuenta en el capítulo 64 de su Vida de

Alejandro, nos dice: Entre los gimnosofistas, capturó a diez, de quienes más habían contribuido a la revuelta de Sabbas causando así mayor perjuicio a los macedonios, y que tenían reputación de ser hábiles para dar en términos concisos respuestas precisas. Les preparó por escrito cuestiones embarazosas, anunciando que haría matar primero al que peor hubiese contestado y, después de él, a los demás, en el orden de su insuficiencia.

No designó más que a un juez, el más viejo.

El primero recibió por pregunta: ¿Quiénes son más numerosos, los vivos o los muertos? Los vivos, dijo, pues los muertos no son ya.

El segundo. ¿Qué es lo que nutre a los más grandes animales, la tierra o el mar? La tierra, puesto que el mar no es sino parte de ella.

El tercero: ¿Cuál es el animal más astuto? El que el hombre no ha logrado conocer hasta ahora.

El cuarto: ¿Con qué argumento decidiste a Sabbas a la revuelta? Porque quise que tuviera una bella vida o una bella muerte.

A la pregunta: ¿Qué crees que fuera producido primero, el día o la noche?

El quinto respondió: El día, mas sólo precedió un día a la noche.

Y como el rey se asombrase, añadió que era natural que preguntas embarazosas recibieran respuestas embarazosas.

Sin insistir, el rey le preguntó al sexto: ¿Cómo puede el hombre hacerse amar más? Siendo el más poderoso sin por ello inspirar temor.

Quedaban tres. El uno tuvo por pregunta: ¿Cómo puede un hombre tornarse dios? Realizando alguna cosa, dijo, que no sea posible al hombre realizar.

El siguiente fue interrogado sobre la vida y sobre la muerte: ¿Cuál es más fuerte? La vida, contestó, ya que acarrea tantos males.

Y el último: ¿Hasta cuándo es bueno vivir para el hombre? Hasta que deje de creer que vale más estar muerto que en vida.

Volviéndose al juez, Alejandro le pidió su juicio. Todos, dijo, contestaron peor unos que otros. Morirás, pues el primero, por este juicio, dijo Alejandro- No tal, oh rey, replicó el indio, a menos que desees faltar a tu palabra, puesto que dijiste que harías morir al primero a quien hubiera contestado peor. Los despidió con

presentes y mandó entonces a Onesícrito a los sabios que tenían mayor reputación y que vivían tranquilamente sin mezclarse en los asuntos públicos, con el encargo de rogarles que acudieran a verlo.

No se puede dejar de ver que hay algo del cinismo que le fascinaba a los griegos, como la alegría de vivir para la belleza; usted dijo “Todos los hombres tienen alguna noción y experiencia de la alegría y piensan que en la alegría existe la felicidad” ¿Puede trasladar esa idea a nuestros días o siente que ha cambiado para nosotros?

En la época de conflicto en que viven, hay mucha angustia, guerras, crueldad, miseria, y otros males. No tengo que insistir demasiado en recordárselo, lo viven a diario, ¿sería tal vez una sorpresa o un desatino, hablar de la alegría y de la felicidad?

Pienso que no. Tal vez están más acostumbrados a decir que debiera haber más alegría, con lo que se supondría que no la hay. Saben que hay una necesidad de ella, que los hombres como los seres conscientes de la creación, tienen como obligación divina el estar contentos. Pero dan por supuesto que casi nunca lo están. De ahí que deducen que el mundo está tan mal porque hay en él muy poca alegría, y quieren culpar a alguien por esa falta.

Así una ética del castigo sustituye a la práctica de la alegría, a la visión que se debe tener de ella. Este estado anímico se vuelve abstracto e ideal: la realidad cotidiana con la que deben vivir no es la alegría sino la tristeza, la pesadumbre, el sometimiento.

Hablan de la alegría pero viven con la amargura, con la infelicidad, con la insatisfacción. Y odian en nombre de la alegría postergada. Ese rencor se convierte en un arma contra lo imposible de la felicidad.

De esta manera se hace necesario decir que la plenitud interior no es imposible. Que la alegría no lo es. Al contrario, el entusiasmo es la única realidad que el amor construye, y si la alegría no se traslada a todas las cosas que se llevan a cabo, es sólo porque nosotros no hemos querido ver el amor en todas las cosas. El amor es la única posibilidad de la alegría. Ama lo que haces, todo lo que se hace sin amor y sin la alegría que da el amor, es fundamentalmente imposible de ser bueno, bello, pleno y satisfactorio.

El psicoanálisis les enseña que muchos odios desconocidos, temores y enfermedades físicas en la mayoría de los casos no son sino la alegría que se niega a surgir, a reconocerse como una expresión del amor, alegría que se ha vuelto enferma porque ignora su propia naturaleza y ha perdido de vista su objetivo. Los conflictos en el mundo no se deben a la ausencia del amor y de

la alegría, sino a la alegría que no se reconoce como posible, que es ajena a su propia realidad. El odio es una alegría frustrada.

Por último, la persona humana no es 'vívida' por su naturaleza, la persona es autónoma, consciente de sí misma, capaz de retraerse de su naturaleza, y es capaz de aceptar o rechazar su naturaleza. El hombre es capaz de ser humano, lo quiera o no. Es capaz de aceptarse a sí mismo o rechazarse. Es capaz de amar a otros libremente, espontáneamente, con franqueza, o puede preferir rechazarlos y despreciarlos, y en este caso todavía los amará, pero contra su voluntad, a pesar suyo.

Inconscientemente los amará. Y aunque todavía tiene capacidad para amar, su amor y su alegría se han vuelto en contra de él. Está contaminado, falsificado, porque no es consciente y libre. La alegría con que desea en el fondo de su corazón ser feliz, se vuelve en su contra y lo encierra. La alegría que alimentaría a otros se devora a sí misma. Una alegría que encontraría su plena realización en la entrega, encuentra su confusión y su tormento en la negación.

Sólo cuando el hombre acepte amar y se entregue a la vida en su pureza primitiva, como un puro don de Dios, entonces el mundo se verá lleno de amor y de alegría.

Textos de San Agustín

Con el alma sangrante a cuestras

¡Oh locura que no sabe amar a los hombres humanamente! ¡Oh hombre insensato, que lleva las cosas humanas sin moderación! Tal era yo en aquél tiempo; así que enardecíame y suspiraba y lloraba y me turbaba y no hallaba descanso ni consejo. Llevaba a cuestras mi alma despedazada y ensangrentada, que no quería ser llevada de mí y no encontraba en dónde ponerla: no en los bosques deleitosos, no en los juegos ni en la música, ni en los fragantes jardines, ni en los convites brillantes, ni en los placeres del aposento y la recámara; ni, por fin, hallaba descanso en los libros y en los versos.

Dábanme horror todas las cosas, y aun la misma luz, y todo lo que no era lo que era él me era tedioso y no llevadero, fuera de los gemidos y lágrimas, pues en ellas solas hallaba alguna pequeña porción de respiro. Y cuando del llanto era destetada mi alma, sentíame agobiado de la gran carga de mi miseria.

A Vos Señor, tenía que ser levantada mi alma, y por Vos curada, yo lo sabía, pero ni quería ni podía, porque para mí, el pensar en Vos, no erais algo sólido y firme, pues Vos no erais Vos, sino un fantasma huero. Mi propio error era mi dios: Si me esforzaba por situarla allí para que descansase, rodaba resbaladiza por el vacío y de nuevo se derrumbaba sobre mí. Y yo me quedaba hecho un lugar de infelicidad, en donde ni podía permanecer, ni de allí alejarme. ¿A dónde iría mi corazón huyendo de mi corazón? ¿A dónde huiría de mí mismo? ¿A dónde yo mismo no me seguiría en pos de mis propias pisadas?

Y con todo esto, huí de mi patria; pues menos habían de buscarle mis ojos donde no tuvieran costumbre de verle. De la ciudad de Tagaste me vine a Cartago.

La sólida amistad en Dios y por Dios

Esto es lo que se ama en los amigos, y de tal manera se ama, que nuestra conciencia se reconoce culpable si no ama a quien la ama y no paga el amor con otro amor, sin demandar otra cosa al amado sino las muestras de su amor. De aquí aquel llanto cuando uno muere, y las tinieblas de dolores y la dulzura trocada en amargura en el corazón empapado, aquel perfecto morir de los vivos por la vida que perdieron los muertos.

Bienaventurado es, Señor, el que os ama a Vos y al amigo en Vos y el enemigo por Vos. Sólo aquél no pierde ningún ser amado, por quien son amados todos en Aquél que no se pierde jamás.

¿Y quién es Éste sino nuestro Dios, Dios que hizo el cielo y la tierra y los hinche, porque hinchiéndolos los hizo? A Vos ninguno os pierde, sino el que os abandona. Y el que os abandona, ¿a dónde va o a dónde huye, sino de Vos apacible a Vos irritado? Pues, ¿dónde no halla vuestra ley en su castigo? Y vuestra ley es la verdad, y la verdad sois Vos.